

WALTRAUD MÜLLAUER-SEICHTER

Segregación del espacio verde urbano  
según un análisis de género

MADRID  
2002

TIRADA APARTE  
DE LOS  
ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

Tomo XLII

**SEGREGACIÓN DEL ESPACIO VERDE URBANO  
SEGÚN UN ANÁLISIS DE GÉNERO**

Por WALTRAUD MÜLLAUER-SEICHTER

RESUMEN

El objeto de este estudio, la Casa de Campo de Madrid cuenta con un tamaño de 1.722 hectáreas y es según una clasificación del verde urbano de Madrid la entidad más grande, incluyendo en su terreno grandes superficies de bosque o «terreno salvaje» y reuniendo casi el total de las atracciones de diversión de la urbe, como son el Parque de Atracciones o el Zoológico. Su enorme extensión y la diversificación de usos nos permite considerarlo un espacio tanto «urbano» como «de campo», con una fuerte connotación fronteriza o de límite moral y físico. Durante los últimos años este espacio verde ha sufrido una estigmatización por causa de un incremento llamativo de la prostitución en determinadas zonas del parque, lo cual conlleva consecuencias, sobre todo para las usuarias del terreno. Desde una lectura de género la situación brevemente descrita permite analizar aspectos de cómo se experimenta individualmente la cuestión de intimidad o privacidad, conceptos como el del «umbral», y la percepción de miedo desde el punto de vista de género. Obliga a un re-planteamiento del disfrute del tiempo de ocio o «tiempo libre» que parece ser bien distinto siendo hombre o mujer.

Para cumplir con su tarea idiosincrática, el espacio público es —y debe ser— heterogéneo, perteneciendo a muchos grupos sociales al mismo tiempo. En esta fórmula se incluye su éxito igual que su fracaso cuando la negociación entre los interesados, por las razones que sean, no conduce a una solución satisfactoria para los mismos. Podemos decir que el espacio público actúa como espejo o reflejo de la sociedad. En lo que se refiere a los parques urbanos, por cierto importantes elementos de lo que constituye el espacio público, nos ofrecen una posibilidad más para vi-

sualizar problemas sociales y propuestas de convivencia entre grupos variopintos. En la presentación de los parques históricos, en su mayoría enfocados desde un punto de vista estético y aparentemente estático, se presta muy poca atención a la dinámica sociocultural continua a la que están sometidos. Hasta fechas muy recientes no figuran como objeto de estudio ni en los trabajos de Ciencias Sociales y tampoco en la Investigación de Género; de este modo quedan al margen la discusión de las exigencias actuales, producto del cambio social. En las últimas décadas se pone en cuestión si sus funciones tradicionales requieren una reflexión en cuanto a su utilidad. El tema se complica aún más si sometemos aquellos espacios de ocio y recreo, igual que otros ámbitos del espacio público, a una lectura de género en búsqueda de una calidad de vida, que es el objetivo principal de este trabajo de investigación.

#### UNA MIRADA SOBRE LA HISTORIA DE PASEO COMO PRÁCTICA CULTURAL

Aunque el tema de este texto se centra en el uso y disfrute del espacio verde urbano tal y como lo vivimos hoy en día, quiero aprovechar la ocasión para hacer un breve repaso histórico sobre el tema, con el objeto de saber cuál ha sido el papel de la mujer en esta arqueología del paseo. Viene bien, analizando el presente, echar una mirada atenta al desarrollo de la situación de las últimas décadas para valorar si la libertad en el uso y disfrute de este espacio urbano por parte de las mujeres ha aumentado y si se ha logrado una calidad de vida en la sociedad actual.

Analizando los textos literarios y fuentes sobre esta «práctica cultural» relacionada con el espacio verde urbano, resalta que no hay distinción de género, aunque en la mayoría de los textos donde se vincula la práctica con el entorno físico para replantearse problemas sociales o entrar en pensamientos profundos de la vida humana, se detecta fácilmente que quien se está haciendo estos planteamientos es un personaje masculino. En la literatura, los protagonistas de esta nueva práctica se manifiestan en un nuevo personaje literario, el *paseante*, que se caracteriza como un ser melancólico, lleno de deseo hacia una naturaleza pura y con un profundo desacuerdo con el sistema social de su época. Con la llegada del siglo XVIII, esta visión se transforma a raíz de los cambios socio-políticos que acompañaron esta etapa histórica, logrando que el paseo pierda este carácter de protesta social. El cuadro del *caminante solitario* se sustituye por el del *excursionista*, así que a partir de la mitad de este siglo pasear representa un pasatiempo para *todos*; es una experiencia compartida y se transforma en un símbolo de la familia burguesa. Una vez más, a principios del siglo XX, el paseo sirve para detectar el malestar social, pero esta vez se manifiesta en personajes, creados por autores críticos como Kafka, Musil o más tarde

Benjamin (por hablar del ámbito alemán), que vuelven a dibujar una nueva figura urbana, que es el *Flaneur* o caminante urbano, el cual, al observar las calles de las urbes, se opone con esta conducta a las prisas, los horarios de trabajo y el reglamento del social en los tiempos de la incipiente era industrial.

Hoy día no diríamos que la práctica de caminar pueda servir como herramienta para visualizar diferencias de clase social entre los que la practican. Tan normal nos parece esta necesidad de movernos al aire libre que apenas nos hacemos la pregunta: ¿Cómo se introdujo en nuestra vida cotidiana? Una ojeada atenta de los textos relevantes tampoco arroja mucha luz sobre el desarrollo histórico de la *actitud del paseo* como técnica cultural. Los autores suelen en general tratar esta actitud como una costumbre habitual de tradición remota, un contexto bonito para luego centrarse en otras temáticas, atribuyéndola de esta manera, una continuidad histórica falsa, o por lo menos no reconstruida, sin preguntarse por el cambio de función que ha sufrido en su manifestación como actitud cultural, y tampoco por su relación con las variables condiciones sociales (König: 1996, 16).

Claro está que la actitud del *caminante* (en su condición de hombre) al moverse al aire libre no es la misma si quien camina es una mujer. La forma cultural de apropiarse del espacio es específica según el género. Para la mujer las normas de moverse en el espacio público difieren bastante de las masculinas. El género como categoría central del estudio incide en la idea de que cada historia es al mismo tiempo una historia de género. Siguiendo esta línea de planteamiento, nos interesan aquí las formas femeninas y masculinas de andar por el espacio verde, los razonamientos de por qué se hace uso de la técnica y el interés por cómo se producen los estilos. En otras palabras, el *cuerpo como instrumento* para pasear se divide en femenino y masculino.

Para cerrar esta reflexión histórica sobre la práctica del paseo, destacan las siguientes observaciones que ya he mencionado en otro momento: la mujer apenas aparece como protagonista o en otras palabras, el paseante literario pocas veces es femenino. Digo esto, porque la mayoría de los autores que tratan el tema, no distinguen el género, cuando analizan el fenómeno del paseo. El protagonista desvela su pensamiento, sus inquietudes al pasear en soledad y no cabe duda de que es un hombre. En el mejor de los casos la mujer consigue un papel pasivo, cuando el paseo está dedicado al propósito de encontrarse con ella por el camino. Gudrun König, que ha dedicado una parte de su estudio sobre la práctica del paseo y a la presencia femenina, opina que el problema no se encuentra en la escasez de fuentes, sino en la selección de las mismas, lo que muestra un problema general: la ignorancia de las condiciones de vida de las mujeres, que también tiene su continuación lógica en la literatura de este género. La autora cita, en relación con el tema, la obra de la escritora inglesa Jane Austen, cuyas prota-

gonistas son caminantes aficionadas, que necesitan pasearse al aire libre para no enfermar, o en otras palabras, es parte de su modo de vida.

La mirada que se proyecta hacia la mujer paseante en el ámbito verde, se centra más que nada en el aspecto de la *moral* de la época. A la funcionalidad del interior de la casa del mundo burgués correspondió una segmentación de mundo exterior, como bien sabemos. En lo que se refiere a la cultura del caminar era obvio que los caminos y sendas tras los bosques —el mundo salvaje y peligroso— eran dominio de los hombres, mientras los paseos urbanos caían —por lo menos en parte— en el dominio femenino. La práctica mostró que hubo transgresiones, pero la participación de la mujer dentro de la nueva costumbre cultural quedó limitada. Así se plantea la pregunta: «¿Paseaba la mujer burguesa a solas?» Es una pregunta que parece legítima teniendo en cuenta que el simple hecho de andar sola por la calle descalificaba socialmente a la mujer, incluso daba pie a la agresión sexual. Es interesante observar este aspecto con atención en las fuentes sobre la actitud del paseo en los siglos XIX y XX, sobre todo en relación con mi trabajo sobre la Casa de Campo, en el que me voy a centrar a continuación. Como veremos más adelante, la pregunta sobre la libertad de movimiento de las mujeres en el siglo XXI contiene muchos «sí, pero» y pone de manifiesto una actitud de percepción de la mujer en un ambiente que no parece que ha conquistado aún en la actualidad.

König deduce de las fuentes decimonónicas que no se trata de una descalificación de la mujer, cuando anda sola por la calle, porque esto significaría —casi de manera positiva— que la mujer en sí tuviera estatus propio. Por el contrario, andar sola muestra que carece de él y al mismo tiempo subraya que el problema *no* está en la calle, que es territorio masculino, sino que se encuentra en una dependencia directa del estatus de su padre, marido o hermano. Es justo esta ambivalencia la que puso a las mujeres en una posición difícil; entre la acusación masculina o la defensa, se hizo difícil una delimitación del prejuicio por parte de los hombres. En un clima tan poco agradable no es de sorprender que la mujer buscara amparo al ocultarse, concluye König (1996, 246). Pero lo dicho puede llevar también a otra conclusión: que la sospecha constante de ejercer la prostitución que acecha a la mujer y la acompaña siempre que intenta pisar un territorio que no le es propio tradicionalmente, puede convertirse en un arma de doble filo: por un lado, es una estrategia de defensa, y por otro, excluye al género femenino de su aparición en determinados espacios públicos.

Hacía falta esta introducción previa para saber el entorno en el cual quiero analizar la historia de una actividad cultural, el paseo, que presenta aún en la actualidad —sobre todo en el ambiente estudiado— obstáculos difíciles de eludir para el género femenino. Aún es legítimo plantearse la cuestión de la libertad de movimiento relacionado con la condición de género.

Una mirada sobre material empírico recogido en mi estudio del uso y disfrute del espacio verde durante el período comprendido entre 2000 y 2001 en la Casa de Campo, muestra un cuadro bastante negativo sobre este hábito recreativo en las mujeres, en comparación con el tiempo dedicado y la frecuencia de la práctica que aportan los datos de los usuarios masculinos. Dentro de una clasificación<sup>1</sup> del «Verde Social» de Madrid<sup>2</sup>, la Casa de Campo es, por su tamaño, la entidad más grande de la capital y muestra por su situación particular, un terreno idóneo para comprobar, en general, las prácticas en un área de diversión urbana, también resulta interesante para comprobar la calidad de vida que ofrece la ciudad de Madrid a sus ciudadanas, someter el material recogido a una lectura de género.

Para entrar en esta lectura quiero destacar que este texto no pretende anclarse en la cuestión de que existe un «mundo de hombres» y otro de «mujeres». En primer lugar no me parece operativo para el tema. Ciertamente es que la percepción de género en las expectativas sobre su entorno vital normalmente segrega en función del uso que tiene que hacer del conjunto urbano. Sería demasiado simple enfatizar la distinción «ama de casa» y «hombre de negocios», figuras imaginarias y por ello irrelevantes. Se parte de una necesidad: participar en la planificación de determinados segmentos de la ciudad, donde han influido —hasta ahora— muy poco las necesidades de las mujeres. Se supone que su ausencia, o por lo menos el escaso uso de ciertos espacios urbanos, tiene que ver, entre otras razones, con que no cumplen con los requisitos necesarios para aportar bienestar y seguridad a gran parte del colectivo. Como muestran trabajos recientes sobre la implicación, o mejor sobre la cuestión, las mujeres no sólo han reflexionado sobre los obstáculos que les hace pasarlo mal en determinados ámbitos urbanos, sino que en varias capitales de la Unión Europea ha propiciado mejoras que no sólo las benefician a ellas.

En muchos casos no se trata de grandes cambios para conseguir mejoras importantes en calidad de vida. Muchas se deben a observaciones empíricas simples, a las que las mujeres suelen tener, en general, acceso privilegiado, como opina también Hermann Knoflacher, quien ve a la mujer más bien dentro del colectivo de peatones o ciclistas, mientras los hombres todavía forman la mayor parte de los conductores.

#### TIEMPO PROPIO

El material sobre el uso de la Casa de Campo muestra que, entre los diferentes grupos que reivindican determinadas zonas del parque para prac-

<sup>1</sup> CORDULA LOIDL-REISCH, *Typen öffentlicher Freiräume in Wien*, 1995, p. 84.

<sup>2</sup> DOMINGO PLIEGO, *Por los parques y jardines de Madrid*, Madrid, 2001.

ticar alguna clase de deporte, juego, etc., con regularidad, el porcentaje de mujeres que participan en los grupos es casi nulo. Esto no hace referencia sólo al parque en cuestión, se engloba en una conducta general sobre cómo las mujeres enfocan cuestiones como: tiempo libre, ocio o el uso de un tiempo propio. La justificación de varios hombres (mayores), que me hablaron sobre la ausencia o la «no presencia» femenina, se basa generalmente en afirmaciones como: «*que sus mujeres prefieren estar con sus amigas y tomar café cerca de sus casas*». A veces hay obstáculos concretos que justifican una segregación entre los grupos de sexo opuesto, como explica Lorenzo, miembro del grupo que se reúne cada fin de semana para jugar al «chito»<sup>3</sup>, en una pequeña cancha que cedió el Ayuntamiento de Madrid a la asociación, para estos fines. La cancha se halla en el límite del parque, en la zona que linda con el Paseo de Extremadura. Los miembros, catorce en número y en gran parte mayores de edad, viven en los bloques que rodean esta parte de la Casa de Campo. Su relación se basa, como la de varios otros grupos interesados en zonas del parque, en una *amistad emocional* según la clasificación de Wolf<sup>4</sup>:

Las mujeres no pueden participar junto a los hombres. En las competiciones jugamos a una distancia de 22 metros y el tejo pesa 450 gramos. Pueden tirar, pero a menos distancia. Yo personalmente sólo he visto nada más que una mujer (*en un grupo de hombres*), y creo que era en (*la competición de*) El Escorial, que tiraba bien, pero bueno.

Como las mujeres no participan en los campeonatos, no entran tampoco en el círculo de «*simplemente pasar el rato*», cuando sus maridos escapan cada fin de semana unas horas con sus amigos, como dicen, «para entrenar». El fenómeno de la «expulsión» puede desarrollarse de forma real y física como deja entender la cita arriba. La lucha por la distribución del tiempo y el espacio, que también tiene su expresión metafórica «tener espacio» significa poder mover cosas, decidir, o el derecho a intervenir en el discurso masculino<sup>5</sup>. Mujeres y hombres requieren históricamente diferentes usos de espacio/tiempo. Mientras que los hombres tienden al

<sup>3</sup> Consiste en un juego en el cual se tiran unos platos de 400 gramos con la finalidad de alcanzar tan cerca como sea posible un pequeño palo, el *chito*, que se halla a una distancia de 25 metros. Lo normal es apostar dinero durante el juego.

<sup>4</sup> La relación de las personas que se reúnen en varias zonas de la Casa de Campo, como son los pescadores del *Lago*, los jardineros de *Casa Vacas* o los grupos que entrenan el toreo en el *Reservado se expresa*, según la clasificación de amistad tal y como la define Wolf (1999), en una «amistad emocional», autolimitada desde dentro y, a la vez, sometida a limitaciones exteriores.

<sup>5</sup> EVA KAIL, «Zum Phänomen der Verdrängung», en *Wem gehört die Stadt*, Kail, Eva & Jutta Kleedorfer (Ed.), Wien-Köln-Weimar, 1991.

tiempo industrial (o lineal) exacto y concreto y su percepción espacial es abstracta y conquistada, las mujeres suelen tener una percepción cíclica del tiempo y una visión muy concreta del espacio (Kail: 1991, 78). Dicho esto, vemos que existen diferencias importantes, en cuanto se trata de definir el significado del espacio, dice Maja Nadig:

«Si realmente intentamos comprender la subjetividad de la mujer, hace falta saber sobre su «espacio cultural» la posición de éste dentro del sistema social. La cuestión es qué espacio se suscribe de forma simbólica y social como «femenino» y cuál es el espacio que la misma mujer realmente ocupa de forma visible, es decir, que ella misma percibe como su espacio. La discrepancia de estos dos ámbitos se detecta en actos de transgresión y en la manera en que se dispone del espacio otorgado» (Menschschik-Bendele: 1991, 79)<sup>6</sup>.

Esto nos conduce a un enfrentamiento que contrapone dos tiempos privados incompatibles; el masculino y el femenino (Murillo: 1996, 139). Aunque la autora menciona que las mujeres tienen mayor capacidad de marcar límites entre diferentes actividades, no significa que consigan «generar fronteras» entre el espacio público y el doméstico. La mayoría suele utilizar la estrategia de apuntarse en algún curso para negociar de este modo un «tiempo propio», una cierta privacidad. Los cursos con horario fijo exigen su presencia fuera del hogar, facilitando la evasión por un par de horas del rol de sostén de la familia. Relacionado con esta tendencia, el andar por el parque o sentarse en un banco para leer un libro tranquilamente, puede significar que no habrá un compromiso a una hora concreta y puede resultar más difícil de ejercer.

#### EL DERECHO DE TENER MIEDO

La percepción de inseguridad y de miedo es diferente entre hombres y mujeres. Habrá que conseguir también que en las zonas de diversión, diseñadas casi siempre por hombres, exista un nivel de seguridad que refleje una sociedad respetuosa con las necesidades de sus ciudadanas, tanto autóctonas como inmigrantes. El tema del miedo es muy importante en la relación con cómo y en qué medida las mujeres hacen uso de espacio público o no, pero también es cierto que generalmente no se presta demasiada atención al tema y menos aún se refleja sensibilidad en cuanto a la modificación del espacio público para despejar estas percepciones.

<sup>6</sup> MAJA NADIG en JUTTA MENSCHIK-BENDELE, «Innerer Raum - äusserer Raum: Anmerkungen zur weiblichen Identität», en *Wem gehört die Stadt*, Kail, Eva & Jutta Kleedorfer (Ed.), Wien-Köln-Weimar, 1991. Traducción del alemán por la autora.

Quiero volver a la figura del *Flaneur* de la que me siento muy cerca, aun después de la necrología melancólica y crítica que hizo Benjamín de este personaje. Me llamó la atención una cita de Uli Halbritter, que plantea muy bien el problema de la percepción de miedo que la mujer siente en el ámbito urbano:

«A la mujer le resulta imposible hacer de *Flaneur*, porque ella como sujeto que "flanea"<sup>7</sup> es siempre percibido a su vez como objeto exhibido. Siendo consciente de esta recepción, se encuentra consciente o subconscientemente en postura de alerta. El estado de alerta y la actitud de "flanear" no son compatibles» (1991, 109).

¿De dónde procede el miedo? Muchas veces se produce como consecuencia de una educación de las niñas dirigida hacia la debilidad. Dentro del panorama de nuestra socialización, se insinúa a la mujer que no hace falta preocuparse por su propia seguridad —este papel lo asumen los hombres, aunque el papel de los hombres dentro de esta cuestión es ambivalente porque son también ellos quienes representan al mismo tiempo el peligro, otros, por supuesto (Dirnbacher: 1991, 90)—. Esta educación de «desamparo» se articula de forma física y psíquica, y en muchos casos permanece toda la vida porque hace falta la auto-reflexión para eliminarla. Resulta que el miedo es suprimido, es un problema de las que lo sufren y como el razonamiento del porqué las mujeres se sienten inseguras, a veces las convierte en objeto de burla, conlleva un silencio por gran parte de ellas. El tema del miedo en relación con el uso del espacio público, aporta una serie de preguntas necesarias, de algunas de ellas, relacionadas con el espacio verde, quiero tratar en este trabajo. ¿Se puede «aprender» el miedo? ¿Necesita el hombre el miedo de las mujeres? ¿Cuáles son las estrategias de las mujeres para mejorar su situación? ¿Cuáles son los espacios que dan miedo y en qué otros ellas se sienten tranquilas?

Muchas preguntas y al mismo tiempo sólo son una parte de las que tienen que valorarse en la planificación y en la modificación del espacio público, para que la decisión de por dónde nos movemos, dependa de la propia voluntad y no resulte un compromiso en la elección del mal menor.

El espacio público en sí mismo expone al cuerpo femenino a la condición de objeto. En tiempos concretos y espacios determinados, la mujer percibe su condición de género de forma muy directa (Dirnbacher: 1991, 92). Un análisis de estos fenómenos ayuda a reconocer el estatus de objeto como un principio, y así, opina Dirnbacher, disminuye la consternación personal. La mujer reconoce, qué edad, apariencia y forma de vestir están

<sup>7</sup> Flaneur: Se refiere a la actitud del *Flaneur* en el sentido de evadirse en el espacio urbano, curioseando y observando su entorno plácidamente.

en relación con determinadas formas de acoso, pero el acoso *per se* no se puede evitar. Para eso hacen falta otras estrategias como una manera de moverse más segura, reacciones que transmiten propiedad, en general una serie de posturas que se pueden entrenar.

Otra estrategia es evitar lugares que transmiten miedo, lo cual tiene como consecuencia que ellas no reclamen el uso de ciertos ámbitos del espacio público. Es una opción a la que tienden gran parte de mujeres, sobre todo las que pertenecen a edades mayores. Dicen Buchegger y Vollmeier:

«En el fondo no son las plazas oscuras y vacías lo que temen las mujeres, sino a alguien, que se esconde allí y las puede hacer daño. El fenómeno que se produce es que el miedo se materializa y proyecta en un lugar en vez de en un sujeto» (1991, 95).

La asociación de *miedo* con *noche* también es un hecho muy frecuente en las respuestas de las mujeres interrogadas en relación con el tema. Muchos espacios que figuran durante el día entre los espacios preferidos de las mujeres, se convierten de noche en escenarios terroríficos, o simplemente se evitan para no tener problemas. El espacio verde concretamente, que cuenta durante el día como sitio, donde se está bien, donde uno puede evadirse, se transforma al oscurecer en un lugar de peligro que requiere compañía y, aun así, no se «baja la alerta».

#### CASA DE CAMPO. EXPERIENCIAS FEMENINAS. DATOS EMPÍRICOS

Las experiencias de las mujeres entrevistadas sobre la Casa de Campo, reflejan el siguiente panorama del uso, desde el punto de vista del género:

El total de las entrevistadas se acercan al parque en medios públicos, bien sea metro, autobús o a pie. Difiere bastante de la situación de los hombres entrevistados que en su mayoría hicieron uso del coche para desplazarse al lugar de la actividad lúdica. En su caso, seguramente es una coincidencia que ninguna se acerca con el coche, pero la muestra subraya la tendencia general. El hecho de que las mujeres suelen escoger el transporte público conlleva que se saben muy bien qué boca de metro o línea de autobús las acerca a puntos concretos del parque que son de especial interés para ellas. Este hecho se plasma también de forma visible en los esbozos metales, elaborados por las mujeres como vemos en las figuras 1 y 2. Cuanto más orientación sobre el terreno adquieren, más disfrutan de las diversas ofertas de diversión que ofrece el parque. Este conocimiento espacial posibilita acortar las distancias que andan solas dentro del parque y es al mismo tiempo, una estrategia para aumentar la seguridad personal.



En las entrevistas se puede observar que las mujeres tienen la tendencia a preocuparse más de la gama de posibilidades y de cómo llegar a un punto concreto del parque. Muchas de ellas tienden a aislar las diferentes oportunidades de distracción, de manera que entran y salen a través de los diversos puntos de acceso; es decir, que escogen las ofertas del parque de forma individual. En cambio, entre los hombres existe más tendencia a cruzar el terreno por el interior de la Casa de Campo (lo que se debe a la falta de miedo) y combinan de esta manera varias ofertas de ocio en una sola visita, lo que a su vez, significa una estancia más larga en el espacio verde.

Otra observación que permiten los mapas cognitivos de las mujeres de la muestra es que se plasman, casi sin excepción, lugares que son transitados por mucha gente. Casi como ejemplo inverso el número de mapas cognitivos dibujados por varones hacen hincapié a lugares apartados para un disfrute de la naturaleza en su forma más pura, además de cierto rechazo a los sitios de diversión y consumismo. En una primera lectura, esto indicaría que las mujeres no buscan la contemplación o que no las apetece disfrutar del ambiente natural. Según una lectura de género vemos que los sitios más idílicos que ofrece la Casa de Campo —como puede ser el lugar de Casa Vacas, el sitio de la Cabaña, el estanque con el Puente de la Culebra (Sabatini) o varias de las rejas históricas— tienen su ubicación en terrenos que no cuentan con un acceso fácil. Para llegar a estos lugares hay que cruzar sectores del parque que no cuentan con infraestructura (luz, teléfono) ni visibilidad (por los árboles) o indicación clara de la ruta (existen mapas en varios puntos del terreno, pero parece que la gente tiene problemas en su lectura).

#### ACTITUD DEPORTIVA DE LAS MUJERES

Como hemos dicho en otras ocasiones, siempre hubo zonas que no fueron aptas para que la mujer respetada se mueva en ellas. En relación con el deporte, sobre todo si se trata del deporte al aire libre, se acepta la presencia femenina a partir de principios del siglo xx. En la mayoría, estas actividades se desarrollaron en recintos apartados, si recordamos las zonas apartadas para tomar el sol, que todavía existen en las piscinas, por mencionar sólo una de estas segmentaciones espaciales en el espacio público según el género. Hoy en día esta segmentación parece superada, pero como se puede comprobar durante la época de observación empírica, la participación femenina en prácticas como montar en bicicleta o jugar al tenis es bastante inferior a la del colectivo masculino. Pude comprobar en mi estudio sobre la Casa de Campo que en relación con la accesibilidad al parque para practicar un deporte como es el ciclismo, el

obstáculo para una participación femenina mayor, recae simplemente en el hecho de que, frecuentemente, no disponen de un coche para llevar la bicicleta al lugar. En realidad, la mayoría de las mujeres del muestrario de mi investigación elige «pasear» como deporte más frecuente en el parque. Esto se debe, en parte, al hecho de que existe una diferenciación en el uso del espacio público desde la niñez. Las niñas, por tener ciertas determinaciones de género, desarrollan distintos hábitos relacionados con su actitud lúdica.

¿Tienen las niñas otra motricidad corporal diferente? ¿Tienen más necesidad para el retiro o para hablar en su tiempo de ocio? Para empezar, la oferta de movimiento para niñas es mínima. Solo echando un vistazo a cualquier área infantil vemos que lo que domina el espacio es un recinto para jugar al fútbol; carece de alternativas como, por ejemplo, un terreno para jugar al balonvolea, deporte que tiene gran aceptación entre las chicas y ayuda en ejercitar la motricidad corporal. Sabemos por diversos estudios que sí existen diferencias acerca del comportamiento en el juego, como, por ejemplo, tienden los niños más hacia juegos de competencia, mientras las chicas prefieren, en general, espacios que puedan dominar con la mirada y que estén protegidos con gran cantidad de útiles; las grandes superficies vacías no las suelen atraer (Frauenbüro: 2000, 43). Es difícil saber en que parte este comportamiento se debe realmente a la pre-disposición femenina y en que parte es simplemente resultado de la educación tradicional; de todas maneras hay factores como la forma de vestir, la incitación a movimientos elegantes, sobre-protección, etc., que producen entre las chicas una mayor tendencia hacia un estilo sedentario de vida. Consecuencia de este entrenamiento desde la niñez es que las mujeres tienden a pasar el tiempo paseando, observando y charlando, actividades que muchas veces no se perciben como propias por el hecho que no se visualizan en forma de ocupación espacial. Las mujeres que me hablaron de su uso de la Casa de Campo contaron lo siguiente sobre sus actividades y su forma de vestir:

*Ima:*

«Como ya te he dicho que me voy al cine, me voy a pasear. A veces me voy al cine, o por la tarde a la piscina, o sea, lógicamente eso es en verano... cuando junto posibilidades puedan ser seis horas seguidas. Tienes libertad de movimientos. Lo mismo te puedes ir con la bicicleta como te puedes ir andando.

Lo mismo me llevo la mochila con la tortilla de patatas. Como tienes merenderos y tienes mesas, pues es una ventaja. Además hay merenderos cerca de los chiringuitos con el fin de que mantengas esa seguridad de que te hablaba antes.

Que más. No sé, sobre todo ocio, de paseo, de contemplación; hay gente que hace TaiJi, que se va a hacer TaiJi. Como es tan grande, pues tie-

nes espacios, que la gente puede encontrar espacios que se ajustan un poco a la demanda, ¿no? Pues para hacer TaiJi, pues hay rodiales que están muy bien. Que les permita hacerlo, o que te permita hacer Joga, o que te permite sencillamente escuchar los pajaritos y no escuchar el ruido de los coches, pues allí —cuando estás en el medio— te aíslas. Yo, cuando no oigo el ruido del fondo, de Madrid. Ah, me encanta la cafetería del Teleférico. Me dedico a estar por la tarde allí... en invierno, ideal. Y luego, ya te coges el teleférico... pero para mí, la cafetería, por las vistas que ofrece. Son vistas superpanorámicas. Pues yo voy allí y cojo uno de los telescopios busco y busco... a ver si encuentro mi casa, sabes, está muy bien. Están puestos en montañitas por la vista panorámica.»

Beatriz:

«Con botas. Ropa deportiva; chandal... igual al trabajo como si quedo con amigos, conscientemente, cuando voy a la Casa de Campo visto así. Pero no cambio mucho, porque casi siempre voy así.»

Virginia:

«Como siempre. Visto muy normal, sabes. Calzado cómodo, deportivo o zapatillas de montaña, vaqueros, y nada más. Aunque monto en bici, voy normal.»

#### PROSTITUCIÓN-MIEDO-ESTIGMA

La Casa de Campo muestra por su situación particular, un terreno para comprobar también cómo un área de diversión múltiple está estigmatizada por la prostitución y afecta a las usuarias en su manera de moverse en el terreno. Es interesante analizar qué estrategias desarrollan las mujeres y qué negociaciones son necesarias, para acceder a una calidad de vida relacionada con el movimiento al aire libre bajo estas circunstancias. La imagen del lugar condiciona a los que se mueven en él, y aunque uno intenta declarar su propia condición de manera clara para los demás, a veces el estigma del lugar es tan fuerte, que el intento sirve de poco. Antes de entrar en el análisis de los datos empíricos de mi investigación sobre el parque quiero poner una cita que refleja exactamente la situación de la mujer que se mueve, sobre todo sola, por la Casa de Campo:

«... es justo este aspecto de la situación social que aprendí cuando me movía por los caminos en Hyde Park [cuenta una investigadora social]. Era esa visión a los caminos abandonados. Ni siquiera la intención de alguna mujer valiente, dispuesta a moverse aún por la zona, a pesar de la estigmatización que sufría el terreno, me servía de nada a la hora de señalar a mi entorno que yo me encontraba allí para realizar un trabajo científico. Más bien tuve que aceptar que este lugar está reservado para el

oficio de la prostitución, este sitio les pertenecía a las "chicas" y todas las demás mujeres que se deciden a pisar por allí, les da la sombra la connotación del lugar»<sup>8</sup> (Goffman: 1957, 10).

Vuelvo a una cuestión que me parece importante analizar: ¿El movimiento al aire libre es realmente *paseo libre* o depende de la condición del género para serlo? Varias zonas de la Casa de Campo exigen a las mujeres que las quieran utilizar tomar una serie de precauciones e idear varias estrategias personales, para negociar el legítimo acceso a una serie de terrenos que lindan con las *rutas de la prostitución*.

Virginia:

«Pues, yo, a mí especialmente me gusta mucho la gente, pero de vez en cuando me parece necesario irte sola por allí. Y cuando venía al Albergue, muchas veces iba sola, el trayecto del Lago. Pues estás por la carretera y tampoco tienes que salir de allí, siempre ves alguien raro, o alguien que te llama, porque se piensa... yo qué sé. Entonces, pero en ningún momento me he sentido amenazada..., es decir que mal, pero hombre...»

Y la senda botánica, he hecho la trama desde Batán también sola... y no... a ver, vas un poco pendiente, pero tampoco tienes que ir: ay Dios mío, me va a pasar algo, porque... No tiene por qué.

Afirmo que el lugar nos influye, nos pega el estigma. Pero no significa que tengas que tener miedo. Claro que hay zonas más conflictivas que otras. Pero también depende; igual que a mí me da miedo —bueno que no es miedo—, voy más pendiente en una zona, por ejemplo, porque pienso que esta zona no la frecuenta nadie o que pienso que no haya tanta gente, lo que puede ser el arroyo de Antequina, porque allí sí estoy sola, sabes. Sin embargo, por la zona allí de Meaqués, es una zona más conflictiva, pero a lo mejor me siento más segura pensando bueno aquí hay gente...

Sabes que te digo... que lo de la seguridad es muy personal. Así depende un poco de lo que como se mire.»

A la Casa de Campo se le puede aplicar un hecho real: algunos lugares desprenden el estigma de la prostitución sobre la usuaria cotidiana que frecuenta el lugar y la sitúan en el compromiso de defenderse o declararse continuamente. Hace falta llevar una apariencia muy clara que indique una condición de deportista o de madre, para poder disfrutar del ambiente, aunque ni siquiera a veces la presencia de un carrito de niños libra en determinadas partes, como es la zona del Batán o cerca del Teleférico, de la sombra del estigma que parece intrínseca al lugar. A lo largo de los últimos años el problema de la prostitución en el parque a llegado a tal extremo que ha sobrepasado los límites del espacio verde, de manera que

<sup>8</sup> ROLPH, *Women of the streets*, 1955, pp. 56-57, en E. GOFFMAN, *Stigma*, 1967, p. 10.

«la tenemos [la prostitución] en las casas, en el bloque de viviendas de nuestra urbanización». Como explica Manuel, portavoz de un grupo de vecinos en Batán, la situación parece cada vez más insoportable. Aparte de muchas molestias, de las que se quejan los vecinos con razón, la presencia de las «chicas» que se han instalado en pisos de alquiler conlleva que ya no haya distinción. El concepto de moral al que acudimos tradicionalmente y que separa la luz del día de un mundo oscuro y inmoral que normalmente es el de la droga, de la prostitución ya no es operativo para la gente de este barrio. Para las mujeres tiene como consecuencia que no solo pierden el recreo de buena parte de la Casa de Campo, sino que además la «sospecha» las persigue hasta la puerta de su casa.

Los testimonios de las entrevistadas sobre la cuestión se puede observar tanto en diferentes acercamientos al tema de la prostitución, como en distintas estrategias personales para afrontar el problema. Las diferencias se deben más a la edad que al grupo social al que pertenecen las mujeres. Debido a la también comprensiva ausencia de la mujer que han decidido ceder el terreno, por las razones desarrolladas más arriba. La opinión sobre el tema de percepciones de miedo e inseguridad que se refleja en las entrevistas, proviene de mujeres jóvenes que no proceden en general de las zonas lindantes del parque.

V., veintisiete años, trabaja como bióloga en el parque:

«Lo que ha podido pasar aquí en la Casa de Campo ha podido pasar en cualquier sitio en Madrid, pero lo que pasa, bueno... además se está dando una fama de inseguridad exagerada, desde mi punto de vista no me he encontrado nunca en esta situación. Pero claro, en caso que me hubiera pasado algo diría lo contrario, pero bueno. Pero no me da esa sensación de inseguridad o peligro.»

I., treinta y cuatro años, socióloga, vecina del parque:

«El inconveniente es la inseguridad. Inseguridad, porque a mí me ha pasado [la han atracado]. Inseguridad también puedes sentir en otra parte, por ejemplo, en el centro de la ciudad, pero a mí no me ha pasado en otro, me ha pasado en éste; ¿sabes?

¿Qué te ha pasado?

(Ríe) Que me robaron la bicicleta. Pero no sólo me la robaron, sino que el chico era más alto y me sacó un cuchillo. Lo que ahora ya no lo sé es si me quería violar o qué exactamente pretendía, pero bueno. La dificultad era que la bici la dejé allí y... corriendo a casa.

¿Cuándo te ocurrió esto?

Esto hace dos años. Y también que he observado yendo un poco al lado de donde va la gente, por las zonas, las llamamos... las más transcurri-

das..., pues, me siento... un poco insegura. Pero no sé si es por mi antecedente o... Pero como ya me ha pasado propiamente, supongo que influye.»

B., veinticuatro años, bióloga, hace prácticas en el recinto:

«Inconvenientes... por las noches. Yo no iría, pero no creo tampoco... pero aparte creo que no hay más inconvenientes, tal vez el tráfico. Y no se cuida demasiado bien, necesita más cuidado. El espacio en sí. Pero creo que tiene más cosas positivas que negativas. Por las noches, pues que... casi todos los sitios por las noches ya son peligrosos, pero... una zona, la que es totalmente abierta, que no hay casas, ni luces, y puede ser lógicamente igual de peligrosa como cualquier zona dentro de la ciudad.»

Las respuestas aquí reflejadas muestran en el fondo un acercamiento positivo en el trato con el lugar. El problema es, como ya se ha dicho, que suelen ser mujeres muy jóvenes que opinan sobre el asunto, porque el sector femenino que sufre miedo en estos lugares ya no los frecuenta, por lo cual su opinión no se plasma aquí, igual que ocurre en otros estudios donde las entrevistas se desarrollan *in situ*.

El abanico de estrategias personales de muchas vecinas de la Casa de Campo oscila entre no usar las zonas durante determinadas horas, acudir con una vecina, llevarse los niños de varias amigas, hasta simplemente no pisar determinadas zonas. En oposición a estas estrategias —en el fondo pesimistas, porque en casi todos los casos se trata de limitar la libertad de movimiento— recogidas entre las madres que proceden de urbanizaciones lindantes al parque y mujeres de edad avanzada, entre las más jóvenes, se puede apreciar una postura más optimista, como ya pudimos ver anteriormente. Muchas de las entrevistadas en este grupo son deportistas o trabajan en alguna institución que se halla en el parque<sup>9</sup>. La mayoría de ellas no lo ve como un problema sólo de la Casa de Campo, sino de la sociedad en general y como consecuencia se manifiesta intensamente en este momento en el terreno del parque. Por tanto, se trata de un fenómeno no dependiente del lugar en concreto, según este grupo de entrevistadas. Esto no significa que no tomen precauciones, ni que estén de acuerdo con la situación, sino que intentan restringir lo menos posible su visión positiva de las funciones múltiples que les aporta la Casa de Campo como pulmón y parque o bosque en pleno centro de la capital<sup>10</sup>.

<sup>9</sup> Agradezco los testimonios de mujeres que trabajan en el circo, Brinzal, la Caseta del Ayuntamiento y el Albergue Juvenil.

<sup>10</sup> Véase relacionado con el tema: W. Tokarski y R. Schmitz-Scherzer, *Freizeit*, Stuttgart, 1985, y C. DOREN, PRIDDLE y J. LEWIS (Com.), *Suelo y ocio. Conceptos y métodos en el ámbito de la recreación al aire libre*, Madrid, 1983.

El hecho de que exista el fenómeno de la prostitución en la dimensión que ha alcanzado en la actualidad siempre va a tener sus consecuencias para la libertad de movimiento en este parque público. Aunque personalmente no tiene tanto que ver con la propia Casa de Campo, la cual sufre del estigma de la mala imagen que desprende el fenómeno sobre ella. El lugar es sustituible, si no es la Casa de Campo, es la calle Montera o la Plaza de Castilla. En el fondo nos sirve de espejo de cómo nos acercamos en el siglo XXI al problema de la prostitución. Creo que es un tema demasiado serio y complejo, un tema pendiente de resolución desde hace bastante tiempo por parte de nuestra sociedad y que no se puede silenciar perdiéndose en moralidades.

Dejando de lado esta cuestión hay que añadir que una aplicación de soluciones para que la mujer se mueva con la misma seguridad que el usuario masculino en un parque del tamaño de la Casa de Campo siempre va a dar pie a la polémica. No sería en beneficio del propio parque lograr una visibilidad de todo el terreno; pues perdería parte de su encanto y peculiaridad y seguramente es imposible. Pero frente a este extremo sí existe una serie de posibilidades realistas para alcanzar más calidad de vida para las usuarias femeninas.

Para aumentar la movilidad en el conjunto del parque, un simple puesto de alquiler de bicicletas en la zona del Lago o cerca de alguna boca de Metro (Batán, Lago) podría servir para animar más a las mujeres a moverse libremente por el terreno. Aparte del ejercicio, la bicicleta cumplirá otras funciones para las mujeres en este entorno un tanto especial. Además, y esto es conveniente, les da la condición de «deportistas» y aumenta su orientación<sup>11</sup> y su visión panorámica dentro de la Casa de Campo, disminuyendo a su vez miedos difusos que suelen producirse por desconocimiento del entorno en su totalidad. Para aumentar la seguridad será también necesario instalar más cabinas telefónicas. Aunque parece que en tiempos de la telefonía móvil ha perdido importancia agrupar cabinas de teléfonos en combinación con servicios como una fuente de agua potable. El control (higiénico) de estos puntos por parte de los responsables aumenta tanto la percepción de seguridad como la calidad de vida.

En general es lamentable observar que el parque no tienen en la actualidad ni un servicio público, aunque instalaciones antiguas recuerdan que la

<sup>11</sup> Cuantas más rutas alternativas conoce una persona, menos insegura se siente cuando por la circunstancia que sea, se le hace imposible seguir una ya determinada. Esquivar la zona de la prostitución causa menos disgustos y estrés y aumenta el aprecio de las demás zonas del parque que no están afectadas por la problemática.

necesidad ya existía hace tiempo. La ausencia de servicios públicos obliga, más bien a las mujeres, a una consumición en alguna de las terrazas; todas las mujeres entrevistadas respondían que por lo menos piden un café para no sentirse incómodas. Antes de la reforma de la boca de metro «Lago» existía un puesto de periódicos en esta pequeña plaza que es un punto crucial entre el acceso del metro, las piscinas, el Lago y una parte del recinto ferial; este kiosco marchaba bastante bien, pero aparte de esto tuvo una función de control social. Han pasado meses desde la inauguración de la nueva boca del metro y creo que ya que se ha modificado el diseño, se podía haber incluido en el nuevo, una instalación fija para este puesto de revistas. Pero más importante todavía —ya que esta parada del metro no es una cualquiera, sino que su fin primordial es el acceso a un área de recreo, donde se supone que la gente permanece más tiempo— la falta de unos servicios públicos, pensando también siempre en uno adaptado para minusválidos y unos lavabos me parece más grave todavía. Servicios y lavabo figuran entre los deseos de los usuarios a un nivel muy alto, aunque muchas veces la necesidad de estas instalaciones no es vista con la misma urgencia por los responsables porque conllevan costes adicionales (Frauenbüro: 1995, 49).

Destacando el punto de vista de que en un área de recreo tan grande como es la Casa de Campo debería existir la posibilidad de pasar el tiempo sin obligación de consumir y menos aún por la razón de ir al servicio. De hecho, los comerciantes no ven con buen ojo que la gente utilice sus instalaciones sanitarias. En este lugar, en la pequeña plaza podría existir una tabla de información «sanitaria», es decir, un mapa donde se indicara en qué lugares el/la usuaria cuenta con lavabos y agua potable; una de las ventajas que tiene este parque es que cuenta con una red de fuentes en buenas condiciones (Bonfill *et. al.*: 1998, 32; Loidl-Reisch: 1995, 4) y postes de llamadas de emergencia que hasta el momento se centran sólo en tres puntos claves: Lago, Parque de Atracciones y Zoológico<sup>12</sup>. Sería muy oportuno inaugurar algún servicio previsto por las autoridades como la propuesta de poner en marcha una serie de microbuses con rutas a las partes más apartadas, por ejemplo, la zona norte del parque, desde el Arroyo de Antequina hasta la antigua Casa Vacas o la zona sur con el Puente de la Culebra que albergan los lugares más idílicos del parque, pero no tienen acceso fácil a través del transporte público, ni están marcados con indicación clara de los senderos y caminos, lo que tiene como consecuencia que pocas mujeres se atrevan a caminar por estas rutas. En compara-

<sup>12</sup> Hay que añadir que algunas cabinas no parecen muy oportunas, como es el caso de las que se hallan en la pequeña glorieta en frente del Alberque Juvenil Richard Schirrmann. Las mujeres que las usan corren el riesgo de ser confundidas con las prostitutas, lo que causa una situación muy incómoda.

ción con el número de hombres que disfrutaban de ellas, las pocas mujeres que se pueden encontrar en los enclaves retirados del parque, lejos del ruido de la metrópoli, vienen acompañadas por sus maridos o compañeros. Algunas, que a pesar de todo buscan el silencio a solas, eligen frecuentemente la estrategia de pasear al perro que además de como animal de compañía, les aporta seguridad y protección y de este modo, libertad de movimiento<sup>13</sup>. Pero hay que añadir que casi todas las usuarias proceden de una urbanización de Aravaca que linda con la Casa de Campo, es decir, que no les hace falta cruzar gran parte del territorio.

El parque de la Casa de Campo con sus múltiples atracciones ofrece gran potencial de diversión y recreo para la ciudad de Madrid y con algunas modificaciones, a veces muy ligeras, podrían disfrutar ambos sexos de la misma manera de este área recreativa. Queda una sugerencia más para aumentar la contribución que puede aportar este parque a sus ciudadanas: tiene una interesante dimensión histórica en relación con la capital, sea desde su fin original como Real Sitio o su papel durante de la Guerra Civil, por sólo mencionar dos de los ejemplos. Estos temas junto con el del Medio Ambiente dan pie a bastantes rutas a través de visitas guiadas que llevan a lugares del terreno que la mayoría de los/las madrileñas jamás vinculan con este parque de la capital. Además sería muy buena ocasión para quitar parte del estigma que pesa sobre este terreno, ayudaría a aumentar su movimiento y actividad —y de esta manera seguridad— a zonas que hasta ahora no cuentan con ella. De hecho existen varias ofertas para recorridos temáticos por el parque, pero falta una información estructurada y centralizada de horarios y temas. Esta centralización podría asumirla la caseta del medio ambiente que, de hecho, ya en gran parte asume tareas similares en la actualidad.

#### BIBLIOGRAFÍA CITADA

- BONFILL LEVÍ, A.; DUMENJÓ MARTÍ, R., y SEGURA SORIANO, I. (1998): *Las mujeres y la ciudad*, Barcelona.
- BRETON, DAVID (2001): *El silencio*, Madrid.
- BUCHEGGER, BARBARA, y VOLLMEIER, BRIGITTA (1991): «Angsträume in Wien oder Wer fürchtet sich vorm schwarzen Mann», en KAIL, EVA, y KLEEDORFER, JUTTA (Eds.) (1991): *Wem gehört der öffentliche Raum. Frauenalltag in der Stadt*, Wien-Köln-Weimar, Böhlau Verlag.
- DIRNBACHER, HANJA (1991): «Die alltägliche Geisterbahn», en KAIL, EVA, y KLEEDORFER, JUTTA (Eds.) (1991): *Wem gehört der öffentliche Raum. Frauenalltag in der Stadt*, Wien-Köln-Weimar, Böhlau Verlag.

<sup>13</sup> Véase relacionado con el tema: DAVID BRETON, *El silencio*, Madrid, 2001.

- FRAUENBÜRO (1995): *Frauen*, Band 1, Wien, Magistrat der tadt Wien MA57, Magistratsabteilung für Frauenförderung und Koordinierung von Frauenangelegenheiten.
- GOFFMAN, ERVIN (1975): *Stigma*, Frankfurt am Main, Suhrkamp Wissenschaft.
- HALBRITTER, ULI (1991): «Noch einmal gut-gegangen?», en KAIL, EVA, y KLEEDORFER, JUTTA (Eds.) (1991): *Wem gehört der öffentliche Raum. Frauenalltag in der Stadt*, Wien-Köln-Weimar, Böhlau Verlag.
- JOSEPH, ISAAC (1999): *Erving Goffman y la micosociología*, Barcelona, Gedisa.
- KAIL, EVA (1991): «Zum Phänomen der der Verdrängung», en KAIL, EVA, y KLEEDORFER, JUTTA (Eds.) (1991): *Wem gehört der öffentliche Raum. Frauenalltag in der Stadt*, Wien-Köln-Weimar, Böhlau Verlag.
- «Ist der Zeitgeist männlich?», en KAIL, EVA, y KLEEDORFER, JUTTA (Eds.) (1991): *Wem gehört der öffentliche Raum. Frauenalltag in der Stadt*, Wien-Köln-Weimar, Böhlau Verlag.
- KLEEDORFER, JUTTA (1991): «Mehr als ein bisschen Grün», en KAIL, EVA, y KLEEDORFER, JUTTA (Eds.) (1991): *Wem gehört der öffentliche Raum. Frauenalltag in der Stadt*, Wien-Köln-Weimar, Böhlau Verlag.
- KNOFLACHER, HERMANN (1991): «Aus den Bäumen, ihr Affen», en KAIL, EVA, y KLEEDORFER, JUTTA (Eds.) (1991): *Wem gehört der öffentliche Raum. Frauenalltag in der Stadt*, Wien-Köln-Weimar, Böhlau Verlag.
- KÖNIG, GUDRUN (1996): *Eine Kulturgeschichte des Spazierganges. Spuren einer bürgerlichen Praktik 1780- 1850*, Wien-Köln-Weimar, Böhlau Verlag.
- LOIDL-REISCH, CORDULA (1995): *Typen öffentlicher Freiräume in Wien. Ansätze zu einer Kategorisierung*, Boku.
- MENSCHNIK-BENDELE, JUTTA (1991): «Innerer Raum - äusserer Raum: Anmerkung zur weiblichen Identität», en KAIL, EVA, y KLEEDORFER, JUTTA (Eds.) (1991): *Wem gehört der öffentliche Raum. Frauenalltag in der Stadt*, Wien-Köln-Weimar, Böhlau Verlag.
- PLIEGO, DOMINGO (2001): *Por los parques y jardines de Madrid*, Madrid, Michelin.
- ROLDÁN ARRAZOLA, NURIA, y BELÉN MOLINUEVO PURAS (2002): *Hacia una carta de las ciudadanas madrileñas: Un estudio empírico de los usos y espacios urbanos en la ciudad de Madrid*, Madrid.
- SHELLE, KARL (1802): *Der Spaziergang oder die Kunst spazieren zu gehen*, Leipzig.
- SCHULTE, REGINA (1977): *Sperrbezirke. Tugendhaftigkeit und bürgerliche Prostitution in der bürgerlichen Welt*, Frankfurt am Main.
- TOKARSKI, W., y SCHMITZ-SCHERZER, R. (1985): *Freizeit*, Stuttgart, Teubner Studien-skripten.
- VAN DOREN, C.; PRIDDLE, G., y LEWIS, J. (Com.) (1983): *Suelo y ocio. Conceptos y métodos en el ámbito de la recreación al aire libre*, Madrid, Instituto de Estudios de Administración Local.